

asistido de su confesor el presbítero don Antonio de Mora, de los padres escolapios, de muchos y excelentes amigos, en toda la fuerza de su razón, hablando doce minutos antes, para encargar al confesor recomendase á sus hijos la observancia de su santa religión, y el culto á María santísima, que bajo la advocación de la Encarnación se venera en su santuario de Mula; sin esfuerzo, sin dolor, como fatigado de esta vida, plácidamente espiró, con la piadosa esperanza de que revestido de inmortalidad, y en brazos de aquella señora, á quien honró siempre con tanta ternura, renació á otra vida, donde brillan mas claros sus talentos, su virtud, su amor y su compasión para los suyos. ¿Qué importan á los demás las lágrimas de sus hijos; las de sus hermanos, las de sus numerosos amigos, derramadas en el silencio, y cuyo valor y el de los motivos que las arrancan, solo ellos pueden graduar? Murió ya el hombre privado, y desde aquí todo ya en él pertenece á la historia: ella recogerá cuanto va dicho, y sobre todo las circunstancias de su muerte, no trazadas solamente por la pluma apasionada de un hijo, sino presenciadas y comprobadas por el testimonio de cuantos le vieron y asistieron (1), entre los cuales habrá ciertamente personas mas y menos despreocupadas; y que todos á una voz clamaban que aquella era la muerte del justo, y la miraban como un acontecimiento notable en nuestros días, viendo en una época de incredulidad y de duda morir tranquilo en brazos de nuestra religión á un hombre tan distinguido por sus talentos, y por su vasta y universal instrucción. Contemplaban todos con religiosa veneración aquellos restos ya pálidos é inanimados; pero que descubrían la pureza del alma que los animaba, en aquella frente serena, que parecía meditar aun las sublimes verdades que la ocuparon en vida. Yo también, ¡o padre mio! burlando la afectuosa solicitud de los buenos amigos que me acompañaban, la volví á ver, la sellé una y otra vez con mudo labio, te contemplé por la última vez...; Tú sabes los sentimientos que entonces llenaron mi corazón! lo que imploré de tí, que no me respondías; pero que sin duda escuchabas mi súplica... lo que aun imploro al escribir estas líneas!

(1) Véase como muestra de esta verdad la magnífica composición poética que ha inspirado á mi excelente amigo don Salvador Bermúdez de Castro, y que ha sido publicada en el número 4 de la *Revista de Madrid* (*). En ella, conmovido el joven poeta con el recuerdo de tan grandioso espectáculo, al celebrarle en sus hermosos versos, apenas tiene ojos para ver, ni corazón para sentir otra cosa: por lo mismo no lamenta en ella la pérdida de su amigo; asiste á su triunfo, contéplale como con envidia; y le ruega alcance para él tan dulce tranquilidad.—Bermúdez fué de los que recogieron su último suspiro. El señor don Eusebio del Valle, hablando asimismo de nuestro padre, á quien profesó íntima amistad; entre otras cosas dice, en un recuerdo que ha consagrado á su memoria, estas notables palabras: «Sepa el mundo todo que un sabio naturalista, que conocía á fondo los sistemas mas célebres de filosofía, para explicar la formación de los seres, era al mismo tiempo un dechado de religiosidad; y que el mas despreocupado entre los hombres no creía que el colmo de la despreocupación fuese la impiedad y el materialismo. ¡Dichoso tú porque en las escrituras sagradas y en los libros de los santos padres aprendiste todos los días á morir!»

(*) Véase el artículo *Bermúdez de Castro* (don Salvador).

Tal es en suma la historia del señor don José Musso y Valiente, hombre extraordinario por su talento, por su prodigiosa memoria, por su vasta erudición, por su esquisito gusto, en quien así cabían las verdades sublimes de la religión, las abstracciones de las ciencias exactas, la severidad de los estudios históricos, como los encantos de las artes, la chispa de la imaginación mas brillante; de trato afable, que lo mismo atraía la gravedad del anciano, que la inconsiderada petulancia del joven; que bajo el exterior de una razón fría, de una conversación que sazonzaban los chistes y las bromas, ocultaba un alma de fuego, un corazón profundamente sensible, que muy pocos supieron comprender; llamado por la extensión de sus conocimientos, por la fuerza de su talento, á ocupar los mas altos destinos de la nación, ahogaba por modestia ó por humildad este impulso dentro de sí; varón singular, que no supieron apreciar los que entre nosotros han ejercido el poder: cuando le preguntaban ¿qué destino quería? *Ninguno*, contestaba él, *porque nada valgo, ni de nada soy capaz. Cualquiera*, hubiera contestado el que le conociese, porque no había sacrificio para él, cuando se le exigía en nombre de la patria, y porque á sus talentos sobraba flexibilidad para sobresalir en el que se le hubiese confiado. Sea ejemplo de lo primero, que habiéndosele significado, poco tiempo antes de su fallecimiento, que pensaban ponerle el frente de la instrucción pública en el consejo que con este título se pensaba crear, se escuchó prestando que *nada sabía, que ningún título tenía para tanto honor*: hecho que parecerá increíble á quien no le conociese muy á fondo. He aquí el secreto de que hombre tan eminente nunca subiese al poder, ni ocupase puestos capaces de haber descubierto todos sus recursos. En época y en país, en que vale cada cual por lo que suena, y suena á medida de lo que habla y hace hablar de sí á los demás, ¿cómo había de hacerse lugar quien solo trataba de encubrir su mérito, ó desvanecer la idea que de él hubiesen formado sus conciudadanos?

Pero á Musso le ha llegado ya su época como á casi todos los hombres de mérito en su patria; en el sepulcro se inauguró su triunfo, porque los muertos no inspiran celos ni envidia. ¡Dichoso él que con tan estéril aplauso llevó consigo al sepulcro una vida entera de virtudes, y las lágrimas de los buenos!

Madrid, 15 de octubre de 1838.

LA CORONA DE FLORA.

Hijas del Sol, que en el regazo hermoso
Nacéis de la risueña Primavera,
Y de Favonio al sople cariñoso
El beso dais, amor de la pradera;

En cuyo cerco puro , luminoso ,
La luz en mil colores reverbera :
Bellas , modestas , divinales flores ,
En mi lira escuchad vuestros loores.

Otras el lauro de la gloria viste ,
Que del tiempo voraz vence la ira ;
Nada á la magia de su voz resiste
Que á dar al héroe eternidad aspira ;
O bien de funeral ébano triste
Se oyen gemir en humeante pira ,
Y la beldad que devoró la llama
Vuелven eterna al eco de la fama.

No tan alto vigor llena la mia :
Vosotras la ceñid , divinas flores ;
La voz del corazon su acento guia ,
Su númen la ternura y los amores.
Aura de celestial melancolía
De juventud templando los ardores ,
Dar del reino de Flora la corona
A modesta beldad solo ambiciona.

Ya vuela á tí mi indagadora vista ,
Hija de mayo , pompa de Citeres ;
¿Qué corazon habrá que te resista ,
Rosa gentil , o flor de los placeres ?
Adonde quiera que el amor exista ,
Emblema dulce de sus triunfos eres ;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa ,
Y del céfiro reinas dulce esposa.

Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente ,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente ,
Y un beso al fin te arranca victorioso ?
Punzante espina de amador ardiente
Defiende en vano el vástago precioso ;
O con breve dolor , ó sin herida
Cede al fin tu beldad envanecida.

Y tú tambien , o cándida azucena ,
Tiendes de nieve las brillantes alas ,
Y de fragancia y granos de oro llena
Desplegas noble tus altivas galas :
Yo la inocencia de tu faz serena
Amo , y el dulce bálsamo que exhalas ;
Mas si el oro á tu seno se confia ,
¿Qué fuego anima tu belleza fria ?

Yo en tu cáliz purísimo le miro ,
Clavel ardiente , que en el prado ameno

Vences la rica púrpura de Tiro ,
La roja aurora en el azul sereno :
O ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno ,
Alzas en el jardin tu frente hermosa ,
Rival de la azucena y de la rosa.

Mas ya que no á tu flor , tu airosa rama
Ni balsámico olor tu gloria fies ,
Sabes el noble fuego que te inflama ,
Y de su gloria y tu poder te engríes.
Del genio ostentan la brillante llama
Tus encendidas hojas carmesíes ;
Mas ¡ay ! mintiendo adulacion traidora
La afrenta tu altivez aja y desdora.

Ni vosotras , o lilas ! que la frente
Ceñis al tronco maternal altivas ,
Pomposo en hoja , en ramas floreciente ,
Hoy vuestro triunfo aplaudiréis festivas :
Amo aspirar el perfumado ambiente ,
Cuando bañais sus alas fugitivas ;
Mas sois en cuna altísima mecidas ,
No sombra á recibir , á dar nacidas.

¿Qué á mí la varia flor con que tu cima ,
Amor al uso (1), altiva se engalana ,
Si la inconstancia tu color anima ,
Rival ó de la nieve , ó de la grana ?
Si hay quien vuestra beldad eterna estima ,
Que la ley del amor resiste ufana ,
¿O siempre vivas ! circundad su frente :
¿Nada pidais á un corazon ardiente !

Tú le hablas , ¡ay ! admiracion de Flora ,
¿O milagrosa , o dulce sensitiva !
Toma en tí la modestia encantadora
Virgíneo velo que el amor aviva :
Mas si á la noche , al aura silvadora
Niegas prudente tu hermosura esquiva ,
El beso , tan sabroso diferido ,
¿Porqué no premia al amador rendido ?

¿Eres , di , por ventura mas modesta
Que la violeta pálida , amorosa ,
Cuya beldad oculta en la floresta ,
Revela solo el aura bulliciosa ?

(1) Con este nombre es conocido en Andalucía uno de los mas hermosos árboles que engalanan sus deliciosos vergeles. Su flor blanca al desprenderse del boton , se tiñe á pocos dias con una mancha de color de rosa , y sucesivamente se dividen ambos colores la gloria de hermosearla con caprichosa variedad , hasta que predomina un rosa visísimo que conserva hasta su muerte.

Salve, ¡o divina flor! tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.

Yo te miro nacer donde resbala
Sonante arroyo entre guijuelas de oro:
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.

Y si bajo las hojas maternas
Te hallan en sabia oscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu tallo sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales
Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira, y no te adora?

Crece, ¡o tímida flor! do quiera veas
Latir de amor un corazón sensible,
Emblema dulce de su fuego seas,
Su amada como tú, bella, apacible;
Y pues de Flora el reino enseñoreas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira,
Hiera también las cuerdas de mi lira (1).

Sevilla, 1834.

(1) Esta composición se publicó en Madrid, en el periódico titulado *el Artista*.

ARJONA

(DON MANUEL DE) (1).

Nació en Osuna en 12 de junio de 1761, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía, jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fué luego colegial mayor de Santa Maria de Jesus de Sevilla, doctoral de la real capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. Su instrucción en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y afición para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos literarios de estos pueblos y en algunos de la corte: en Sevilla fué uno de los mas estimables individuos de la academia de Letras humanas, de que daremos noticia adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la capilla de San Fernando, acompañó al señor arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig y Dameto en su viaje á Roma, y fué nombrado por la santidad de Pio VI su capellan secreto supernumerario. Murió en Madrid á 25 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica y derecho canónico, la *Historia de la Iglesia Bética*, y una defensa é ilustración latina del Concilio Iliberitano.

SONETOS.

I.

A CIGERON.

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruina
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fué aclamado.

(1) La publicación de estas poesías, de las de don Josef Roldán y don Francisco de Castro, se debe á la amistad y celo del señor don Félix Josef Reinoso, que en obsequio del arte y de la memoria destes escritores, que fueron también amigos suyos y compañeros de estudios, se ha tomado el trabajo de entresacarlas de la muchedumbre confusa de borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir, y las ha comunicado al colector, dispuestas y preparadas para la prensa en la forma que ahora se publican: las noticias biográficas que las acompañan son igualmente suyas. (Nota puesta por el señor Quintana á su *Tesoro del Parnaso español*, del que extractamos las composiciones de este autor y las de los otros dos que cita en ella.)